

respetos, qué homenajes! qué sincera oferta de sí mismos? Ofertas por lo que no solo le sometían sus cuerpos y sus cabezas humilladas, sino también sus espíritus y sus corazones amonados. Jesucristo los llena interiormente de la unión de su gracia y del fuego de su caridad, y esta celestial unión y este sagrado fuego se manifiestan exteriormente esparciendo dulces y abundantes lágrimas. ¡Qué espectáculo! ¿Quién no se habría enternecido? ¿Cuánto debieron haberse alegrado estos Magos de haber emprendido este viaje, hallándose tan bien recompensados de sus penas y de sus fatigas?... ¡Ay de mí! este es el mismo Dios que nosotros tenemos sobre nuestros altares. ¡Ah! ¿y por qué no tenemos la misma fe? ¿por qué no le hacemos las mismas ofertas?

Lo segundo. *Observemos cuál es la idea que este misterio nos debe dar del niño Jesús.*—No podemos con algunas reflexiones decirnos aquí á nosotros mismos: ¡Ah! ¡quién es este niño que así se hace anunciar de las estrellas en el cielo y de los profetas sobre la tierra, que desde su cuna llama los sabios del Oriente y se hace adorar de ellos; que ciega los orgullosos depositarios de la Escritura en medio de la luz, turba al impío aun sobre su trono y llena de sus más dulces consolaciones el corazón de sus adoradoras? ¿Qué haré, pues, cuando compareceré sobre el trono de su gloria y sea todo el aparato de su majestad? ¡Ah! felices entonces los que habrán creído en él y los que lo habrán adorado cuando aun estaba escondida bajo los velos de la fe. ¿Pero qué será de aquellos que no lo habrán querido conocer y de aquellos que lo habrán despreciado, ofendido y perseguido?

Lo tercero. *Consideremos la naturaleza de los dones que los Magos ofrecen al niño Jesús.* Le ofrecen oro, incienso y mirra. Fué sin duda de su parte una señal de respeto por el rey que se les había anunciado la elección de estos dones; pero fué ella guiada por el Señor. No hay duda que había misterios en estos dones, y la Iglesia siempre los ha reconocido. Le ofrecen oro como á su rey, incienso como á su Dios, mirra como á hombre... Reconozcamos también nosotros á Jesucristo bajo estas tres cualidades. Adorémoslo como á nuestro Dios, sigámosle como nuestro rey y amémosle como nuestro Salvador.

Ofrezcamos á Jesús el oro de una caridad pura y ardiente para con Dios y eficaz para con nuestro prójimo, el incienso de una oración continua y fervorosa, la mirra de una mortificación verdadera y continua. Apliquemos estos símbolos á las diferentes obras de piedad. Contribuir al establecimiento de los templos, al adorno de los altares, al esplendor del servicio divino, es ofrecer incienso á Jesús; socorrer los pobres en sus necesidades, es ofrecerle oro; proveer á la sepultura de los fieles, procurar los sacramentos á los moribundos y rogar á Dios por los muertos, es ofrecerle mirra.

Estos tres dones son también símbolos naturales de los tres votos de religión; el del oro del de la pobreza, que despoja de las riquezas y de toda propiedad; el del incienso del de obediencia, cuyas obras son mas agradables á Dios que el incienso y los sacrificios, y el de la mirra del de castidad, que nos pone en una especie de muerte y cuyo cumplimiento es el ejercicio de una mortificación continua.

PUNTO IV.

LOS MAGOS VUELVEN Á SU PAÍS.

“Y habiendo estado avisados en sueños de no volver á pasar por Herodes, por otro camino se volvieron á su país....” Observemos aquí en los Magos:

Lo primero. *Su progreso en las luces de Dios.* Una estrella les había enseñado que anduviesen y la Escritura el lugar donde debían ir, y ahora Dios mismo se encarga de regular su vuelta. Mirálos aquí admitidos á las comunicaciones divinas las mas íntimas y las mas singulares. Justa recompensa de su fidelidad en seguir á Jesucristo... Si nuestras luces no crecen, es porque no somos bastante fieles á las que Dios nos comunica.

Lo segundo. *La generosidad de su obediencia.* Ponen en práctica aquel precepto tan importante y algunas veces tan difícil, de ser mejor obedecer á Dios que á los hombres. ¿Cuántas veces nos lo ha hecho quebrantar el respeto humano? Aprendamos á desconfiar de un mundo que nos llama á sí de nuestros ejercicios de religión bajo el pretexto de que quiere adorar con nosotros á Jesucristo; pero efectivamente, solo pretende quitárnoslo y sofocarlo en nuestros corazones.

Lo tercero. *La viduancia de su camino.* Vuelven por otro camino. ¿Pero respecto de nosotros no es uno siempre el que andamos? ¿La misma tibieza, la misma negligencia, la misma dissipación, el mismo disgusto en la oración y el mismo amor propio con que nos buscamos á nosotros mismos?

Lo cuarto. *La vuelta á su país.* Nuestra patria es el cielo, de donde nos hemos alejado por el pecado; no podemos volver á él por otro camino que por el de la penitencia y de la práctica de todas las virtudes, de que nos ha dado ejemplo nuestro Salvador.

PETICION Y COLOQUIO.

Los Magos postrados á vuestros pies, ¡oh Salvador mio! son las primicias de la gentilidad. Os doy gracias mil veces por su vocación; ella fué una prenda de la mia; ¿pero soy yo tan fiel en

corresponderos como estos primeros apóstoles de la religión, mis verdaderos modelos y mis padres en la fe? ¡Ah! Señor, resucitad en mí el espíritu de esta vocación divina, de aquella gracia preciosa cuya memoria se me renueva con la adoración de los Magos, de aquella gracia inestimable de que ya me favoreceis con una predilección especial á pesar de mi indignidad, y que muchas veces he merecido perder después de haberla recibido.

La memoria de mi vocación al cristianismo sea el motivo en adelante, ¡oh Dios mio! de mi mas vivo reconocimiento. Las máximas y las obligaciones que me impone sean la regla de mi conducta. Amén.

MEDITACION XIV.

LA PURIFICACION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

San Luc., c. II, v. 22, 34.

En esta ceremonia el texto sagrado nos propone tres objetos á la consideración. Primero, la santa Familia; segundo, el viejo Simeon; tercero, Ana la profetisa. Esta será la materia de las tres meditaciones siguientes.

LO QUE MIRA Á LA SANTA FAMILIA.

Nosotros hemos de meditar aquí tres cosas. Primera, la purificación de María; segunda, la presentación de Jesús; tercera, la presencia de José.

PUNTO I.

LA PURIFICACION DE MARÍA.

“Y habiendo llegado el tiempo de la purificación de María, segun la ley de Moisés llevaron á Jerusalem para presentarlo al Señor, segun lo que está escrito en la ley del Señor, todo varon primogénito será consagrado al Señor. Y para hacer la oferta conforme está escrito en la ley del Señor, un par de tórtolas ó dos palomas....”

Observemos lo primero en María su obediencia.—Ella obedece á una ley cuyas palabras en su propio sentido parece que la exceptúan, pues denotan positivamente la mujer que haya concebido y parido segun el curso ordinario de la naturaleza; pero María por amor de la ley de Dios y por evitar el escándalo del prójimo, que ignoraba el gran misterio obrado en su favor, no se sirva de sus privilegios; observa el precepto y cumple todas las órdenes hasta el mas mínimo punto... ¿Obedecemos acaso nosotros á Dios con un amor semejante, con semejante fervor y con semejante puntualidad? ¡Ay de mí! O que-

brantamos formalmente su ley, ó solo la observamos imperfectamente.

Lo segundo. *Consideremos en María su humildad.*—Ella sacrifica á los ojos de los hombres su virginidad, de que fué tan celosa en la presencia del ángel y delante de Dios. Se queda en el primer atrio del templo, como una mujer inmunda que no puede entrar en el segundo antes de ser purificada. Esta sagrada Virgen á los ojos de Dios es la misma pureza, esto le basta; no la inquietan los juicios de los hombres.—¡Oh, y cuán diferentes somos nosotros! No nos inquietan el estar manchados á los ojos de Dios y estamos solo atentos á comparecer puros delante de los hombres.

Lo tercero. *Admirémos en María su espíritu de pobreza.*—Segun la ley, la madre debía ofrecer un cordero y una tórtola, ó si su estado no lo permitía, debía presentar dos tórtolas ó dos palomas. María elige esta última disposición, que era conforme á su estado presente. No se avergüenza de parecer pobre á los ojos del mundo y en la casa del Señor... ¡Ah! en este santo lugar cabalmente se deja ver bien frecuentemente nuestra vanidad con mayor obstinación y lujo.

PUNTO II.

LA PRESENCIA DE JESÚS.

Jesucristo es llevado al templo y allí es ofrecido y rescatado.

Primeramente, *Jesucristo es llevado al templo.* Lo llevaron á Jerusalem.—Consideremos este tierno Cordero llevado del establo al altar, como una víctima destinada al sacrificio. Contemplemos este divino Niño ahora en los brazos de María y ahora en los de José.—¡Oh dulce peso, que daís la fuerza á aquellos que os llevan, llevando vos mismo en vuestras manos el universo! María y José alternativamente os sostienen para satisficéer á su amor, dividir su felicidad y aumentarla comunicándosela mutuamente. ¡Con qué diligencia, con qué atención, con qué ternura os llevan!... Así debiera ya llevaros tambien, ¡oh Dios mio, divino Jesús! cuando tengo la grande dicha de recibiros en la comunión.

Lo segundo. *Jesucristo es ofrecido en el templo.*—La ley ordenaba ofrecer á Dios todos los primogénitos, como especialmente consagrados á él, en memoria de haber hecho morir todos los del Egipto para librar á su pueblo y de haber reservado los de los hebreos. Las palabras de la ley parece que comprendían tambien solamente los hijos que nacían segun el curso ordinario de la naturaleza y exceptuaban formalmente el hijo de

1 Levítico, c. XII, v. 8.

2 Exod., XIII.

la madre siempre virgen; pero Jesucristo, el Señor de la ley, quiere cumplirla en todas sus partes. María, pues, estando ya purificada, y José, llevan á Jesús al segundo atrio para ofrecerlo al Señor. Recibió entonces Dios en su templo una oferta digna de sí é igual á él, el primogénito de todas las criaturas, aquel, finalmente, que cumplía la figura de las ofertas de la antigua ley, que debía ser la oferta perpetua de la ley nueva y que debía elevar á una dignidad divina todo aquello que se ofreciera en su nombre y unido á su sacrificio. ¡Qué espectáculo fué para el cielo esta santa oblacion! ¡Qué honor para José y María, por cuyas manos se hizo! ¡Qué favor para la tierra, por quien se ofrece esta angusta víctima! Unámonos á esta divina oferta, consagrémonos á Dios con Jesucristo continuamente, sin reserva, enteramente, en vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad.

Lo tercero. *Jesús es rescatado del templo.*—Los primogénitos consagrados al Señor debían quedarse para el servicio del templo; pero habiendo Dios destinado para este fin toda la tribu de Levi, ordenaba la ley que de todos los de las otras tribus fuesen rescatados al precio de cinco siclos de plata. Jesús no estaba destinado á servir en el templo; era él mismo el templo vivo que se debía destruir y después de tres días refabricarse. El templo y los sacrificios debían ser para siempre destruidos.—Debían suceder un nuevo altar y nuevos sacrificios y durar hasta el fin de los siglos. Al precio, pues, de cinco siclos de plata fué rescatado el divino Jesús, el que debía rescatarnos del infierno al precio de toda su sangre, que vendría á derramarse por los cinco llagas de su sagrado cuerpo. ¡Oh divino Salvador mío! por estas sacrosantas llagas y por toda vuestra preciosa sangre que por mí habeis derramado, no permitais que me sea inútil vuestra redención.

PUNTO III.

LA PRESENCIA DE JOSÉ.

José comparece aquí como cabeza de la familia, como esposo de María y como padre de Jesús.

Lo primero. *Como cabeza de la familia*, él ordena toda la ceremonia, provee á cuanto es necesario y vela por el entero cumplimiento de la ley.—Así debe velar la cabeza de todas las familias cristianas para que exactamente se observe en su casa la ley de Dios; debe encomendar á su divina Majestad y poner bajo de su protección todos aquellos que de él dependen; debe particularmente ofrecerle todos sus hijos y consagrarlos

1 Núm., c. XIII, v. 47, et c. XVIII, v. 16.

al altar cuando el Señor los llama, y no violentarlos cuando no son llamados por Dios.

Lo segundo. *Como esposo de María*, José participa de su sacrificio, de su fervor, de sus humillaciones, de su pobreza, de sus consolaciones, de sus penas, de sus méritos y de sus virtudes. El marido de una piadosa esposa, bien lejos de inquietarla en su piedad, debe animarla, ayudarla, sostenerla é imitarla.

Lo tercero. *Como padre de Jesús*, José tiene la dicha de ofrecerse á Dios juntamente con María. No es el verdadero padre de Jesús, pero tiene la gloria de hacer las funciones y de llevar el nombre. El Evangelio se lo da, ó sea nombrándolo separadamente de ella, este es el nombre que los hombres le dieron durante su vida y con que sin duda el mismo Jesucristo lo llamó.

PETICION Y COLOGIO.

¡Gran santo! María es nuestra madre; sed vos también nuestro padre, sed particularmente mi guía en los caminos del Señor, sed mi protector mientras viva y mi amparo en la hora de mi muerte. Amen.

Y vos, Virgen pura, divina madre de la misma pureza, que no habeis tenido jamás necesidad de purificación, alcanzadme de Dios aquel sagrado fuego que purifica todo lo que puede desagradar en mi alma. Amen.

Y vos, oh divino Jesús! que os ofrecisteis á vuestro Eterno Padre como la víctima sola capaz de purificarnos, aceptad la oferta que os hago de mí mismo, aunque imperfecto, pero con aquella consagración que conviene á una víctima. Sacrificadme vos mismo á vuestra gloria con aquellas mortificaciones que os agrada imponerme. Consumid las imperfecciones de mi alma con el fuego de vuestra caridad, para que merezca un día ser presentado á vos con un corazón puro en el templo de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION XV.

CONTINUACION DE LA PURIFICACION DE MARIA.

DEL SANTO VIEJO SIMEON.

San Luc., c. II, v. 25, 35.

Meditemos primero su fe; segundo, su cántico; tercero, su profecía.

PUNTO I.

LA FE DE SIMEON.

“Había entonces en Jerusalem un hombre llamado Simeon; y este hombre justo y timorato es-

peraba la consolacion de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo; y había recibido respuesta del Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Y vino por espíritu al templo; y cuando los padres introdujeron en él al niño Jesús para hacer con él segun la costumbre de la ley, él lo cogió en sus brazos y bendijo al Señor....”

Lo primero. *Admiremos en el santo viejo Simeon cuál fué su fe á las promesas de la ley y de los profetas.*—Simeon esperaba el Redentor prometido, suspiraba continuamente aquel feliz momento que debía formar toda la felicidad y toda la alegría del pueblo de Dios. Con este deseo y con esta expectacion del Mesías vivía en la justicia, en el temor del Señor; y el Espíritu Santo estaba con él.—Si nosotros tuviéramos una verdadera fe en las promesas del Evangelio, si esperaríamos verdaderamente los bienes que nos están prometidos, no tendríamos dificultad en vivir en la santidad y en conservar en nuestros corazones al Espíritu Santo; pero una fe débil, una vida mundana, tibia y dispada, nos priva de las consolaciones de Dios, apaga en nosotros la esperanza y nos hace mirar la otra vida y la segunda venida de Jesús con temor y con espanto.

Lo segundo. *Observemos cuál fué la fe de Simeon á la revelacion del Espíritu Santo.*—Este espíritu de Dios le había revelado que no moriría sin haber visto al Mesías, no veía la hora que llegase este dichoso momento, y ciertamente debía ver á Jesús solo en la enfermedad de su carne mortal y luego inmediatamente morir. Nosotros, al contrario, debemos verlo después de la muerte, en el esplendor de la gloria, cuando se habrán acabado nuestras penas y cuando ya no quedará otra cosa que reinar eternamente con él; y este pensamiento nos angustia y nos espanta. Espíritu divino, venid á mi corazón para despegarlo de todo lo que hay en la tierra y hacerlo suspirar el dichoso momento de su libertad y de su verdadera felicidad.

Lo tercero. *Consideremos cuán grande fué la fe de Simeon á la presencia de Jesús salvador.*—Conducido por el espíritu de Dios vino al templo cuando se debía introducir en él al divino Niño para presentarlo al Señor. Lo vió, lo contempló é interiormente lo adoró. Acabada la ceremonia no pudo contenerse; se acercó á él, lo cogió en sus brazos, lo apretó sobre su corazón y manifestó los trasportes de su júbilo, de su reconocimiento y de su amor.... Si nosotros tuviéramos una fe mas viva, no envidiaríamos su feliz suerte. Nosotros conocemos, nosotros tenemos al mismo Jesús, lo abrazamos mas íntimamente y mas absolutamente lo poseemos en su divino sacramento; ¿no podemos por ventura tener los mismos sentimientos?... Examinemos si es el espíritu de Dios el que nos guía al altar y al templo, ó si es acaso por lo comun el espíritu de vanidad, de curiosidad ó de interés, ó la costumbre, el res-

peto humano ó cualquier otro motivo indigno y pecaminoso.

PUNTO II.

EL CÁNTICO DE SIMEON.

El santo viejo llevando á Jesucristo entre sus brazos y mucho mas aun en su corazón, se abandona al exceso que lo anima, y bendiciendo en alta voz á Dios, manifiesta el júbilo de su corazón, celebra las grandezas de Jesús y tira sobre sí la admiracion de José y de María.

Lo primero. *Manifiesta el júbilo de su corazón.*—“Ahora dejareis, oh Señor! dice en alta voz, que se vaya en paz vuestro siervo, segun tu palabra, porque mis ojos han visto el Salvador dado por tí....” Si, oh Dios mío! estoy cercano á dejar la tierra, y conozco que me llamais á vos. Yo lo dejo sin sentimiento. ¿Y qué haré yo aquí mas largo tiempo, ya que, segun vuestras promesas, habeis satisfecho mis deseos? He visto con mis ojos aquel que yo esperaba, aquel Mesías que habeis enviado para ser el Salvador del mundo.

¡Oh, cuán dulce será morir después de un tal alegría! Vos me lo habeis prometido, Señor, y yo lo poseo. Vos sois verdadero en vuestras promesas. ¡Oh! ¿Y de cuánto consuelo es el seros fiel y el serviros? ¡Oh! si nosotros pudiésemos después de cada comunión, si pudiésemos á la muerte, después de haber recibido el santo viático, gustar una semejante paz y desear morir en el Señor!

Lo segundo. *Simeon celebra las grandezas de Jesús.*—“El Salvador dado por tí.... continúa, el cual has expuesto á la vista de todos los pueblos; luz para iluminar las naciones y para gloria de tu pueblo Israel....” A este deben mirar todos los pueblos como el autor de la gracia y al reparador de su salud; él es la salud que Dios ha dado á los hombres, y por él solo pueden ser reconciliados con Dios, agradar á Dios y reunirse á Dios. En vano busca en otra parte su salud una impura y orgullosa filosofía. Jesús es la salud ofrecida y presentada á los ojos de todos los pueblos, prometida al principio del mundo, concedida en medio de los siglos y anunciada por toda la tierra.... Jesús es la luz para iluminar las naciones. Por él los gentiles han salido de las tinieblas de la idolatría y han abierto los ojos á la luz del Evangelio.—Demos gracias á Dios por habernos hecho nacer en medio de esta resplandeciente luz. ¿Pero caminamos nosotros por el claro día de esta luz? ¿no andamos aun por ventura tras las máximas del demonio? ¿no practicamos todavía las obras de las tinieblas?

Jesús es la gloria del pueblo de Israel, por quien este pueblo ha sido reconocido de los gentiles por pueblo de Dios. Feliz si la mayor par-

te de esta nación, con una obstinada ceguera que no se puede suficientemente comprender ni bastante llorar, no se hubiese merecido las desgracias predichas por los profetas.... Pero un nuevo Israel ha sido sustituido en su lugar; nosotros somos este nuevo pueblo: pongámos, pues, toda nuestra gloria en conocer á Jesucristo, en seguirlo y en amarlo.

Lo tercero. *El lenguaje del santo viejo arrebató la admiración á José y á María.*—“Y el padre y la madre de Jesús quedaban maravillados de las cosas que de él se decían.....” El discurso extático de Simeon era un completo sumario y encerraba toda la sustancia de la doctrina de los patriarcas y de los profetas. Parece, pues, que aun cuando fuesen sublimes sus expresiones, nada debían contener de nuevo ó de sorprendente para María y para José, y no obstante, ellos se dejaron trasportar de una grande admiración y júbilo, porque tal es el carácter de un amor vivo, tierno y respetuoso. Ninguno se cree bastante instruido de cuanto respecta á una persona cuya gloria le pertenece; oye con gusto repetir lo que ya sabe, y sobre todo cuando se ama á Jesucristo. Por mas que el cristiano lo conozca, se complace de oír contar sus grandezas; en esto siempre encuentra materia de enternecerse, y las cosas que lo interesan son siempre tan nuevas, que no cesan jamás de serle admirables.... No obstante que estamos instruidos en los misterios de la religion, escuchemos y aprovechémosnos de las luces que nos presentan las instrucciones de nuestros pastores, y procuremos seguir los ejemplos que la fe, la piedad y la caridad del prójimo nos dan.

PUNTO III.

LA PROFECÍA DE SIMEON.

El santo viejo, habiendo dado otra vez á María y José el santo niño Jesús, que hasta entonces habia tenido en sus brazos, les anunció á los dos gracias proporcionadas á la fidelidad que gozaban, y *los bendijo*, esto es, enderezó por ellos sus votos y sus súplicas; después volviéndose á María, madre de Jesús, distinguiéndola de José, que no era el propio padre, le enderezó personalmente las palabras y se explicó en términos que fueron otras tantas profecías y respecto de Jesús, respecto de ella y respecto de los hombres.

Lo primero. *Respecto de Jesús.*—“El niño que has dado al mundo, le dijo, mira que está puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel y para señal á que se hará contradicción....” Ha venido al mundo para ser su salvador, y será verdaderamente el origen y principio de su salvación para muchos que participa-

rán de su redención, por la fe á sus palabras y por la correspondencia á sus gracias; pero para otros muchos incrédulos á su voz y rebeldes á su llamamiento, vendrá á ser, aunque contra su intención y á pesar de sus sinceros votos, una piedra de escándalo y ocasión de caída. Un día vendrá en que por los israelitas y por todos los hombres será condenado á la muerte mas ignominiosa y vergonzosa; en este estado de flaqueza y de dolores será para muchos un sugeto de contradicción.... Esta es la tercera profecía del Evangelio, de que nosotros vemos el cumplimiento. Jesucristo ha estado contradicho y lo es aun; esto no nos sorprenda ni nos commueva, porque ha estado predicho. Aquellos que lo contradicen se llevan sobre sí su perdición; aquellos que lo siguen se aseguran su propia salvación. ¡Qué felicidad para estos! ¡qué desgracia para aquellos! ¿De qué número somos nosotros? No nos engañemos, se contradice á Jesucristo con no someterse á su espíritu y á su doctrina propuesta por la Iglesia, y con no regular sus costumbres segun sus máximas y su ley. ¡Ay de mí! ¿toda mi vida no ha sido hasta ahora una continua contradicción al Evangelio? ¡Y proseguiré viviendo en este estado!

Lo segundo. *Respecto de María.*—Simeon le predice las penas que aun debe sufrir. “Y el cuchillo! del mismo traspasará tu alma.....” María debe ver el corazón de su Hijo traspasado de una lanza, y debe tener tambien el suyo traspasado de dolor.... ¡Oh gran Dios! ¿no bastaba que María fuese destinada á este cruel tormento, sin hacerse anunciar treinta años antes? Alimentad con diligencia este amado Hijo, ¡oh Virgen santa! crecerán con el vuestro dolor; vuestro martirio durará tanto cuanto dure su vida, y aun crecerá cada día á medida que este tierno cordero se irá acercando el tiempo destinado para su sacrificio.... ¡Ah! ¡ojalá que pudiese mi vida pasarse como la vuestra en el retiro, en el dolor y en las lágrimas, con la memoria de los dolores de mi Salvador y de los vuestros!

Lo tercero. *Respecto á los hombres.*—“A fin de que, añade Simeon, se manifiesten los pensamientos de muchos corazones....” El hierro de la persecucion abre los corazones y hace conocer en ellos las mas secretas disposiciones. Entonces cae la máscara, se rasga el velo y no se pueden esconder ni á los otros ni á nosotros mismos nuestros verdaderos sentimientos.... Examinemos aqui nuestro amor para con Dios y nuestro apego á la religion; examinemos nuestro corazón.... ¿Esta el dispuesto á perder los bienes, el reposo, la reputación y la vida? ¡Ah! ¡cuánto sufre á la sola pérdida de un placer, de un interés y á la mas ligera contradicción!

1. De la contradicción, oprobios, tormentos y dolores.

PETICION Y COLOQUIO.

Aseguraos, ¡oh Dios mio! de este débil corazón, no permitais que me engañe, ó que yo apruebe jamás sus rebeldías contra vos. Haced antes bien que yo sea contradicho del mundo, y traspasado por vuestro amor del cuehillo del dolor, haced que quedo traspasado á la vista de mis iniquidades, y que purificándome este dolor me haga digno de tener parte en vuestra gloria. No permitais que yo jamás me oponga á las máximas, á los ejemplos, al espíritu, á la doctrina de vuestro divino Hijo. Dadme esta fidelidad constante y generosa, que me haga declararme su discípulo delante de los hombres, para que en el último día no me desche delante de vos. Amen.

MEDITACION XVI.

FIN DE LA PURIFICACION.

DE SANTA ANA LA PROFETISA.

S. LUC., c. II, v. 36, 39.

Observamos con el evangelista: primero, el carácter de la profetisa; segundo, su presencia en el templo; tercero, la vuelta de la santa Familia de Nazareth.

PUNTO I.

EL CARÁCTER DE LA SANTA PROFETISA.

Lo primero. *San Lucas nos habla de la nobleza de su familia.*—“Y estaba allí tambien una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser....” El Evangelio nombra por honor el padre y la tribu de santa Ana, para darnos á entender que no siendo esta del comun del pueblo, sino de una familia conocida y distinguida, su nacimiento da peso y valor al mérito de sus costumbres. De hecho, una persona ilustre que une la práctica de la virtud á la nobleza de la sangre, puede contribuir mucho á favor de la religion; pero al contrario, ¡oh cuán culpable es esta y cuán deplorable su desgracia si no lo ejecuta así, y antes hace servir la autoridad de su esfera para acreditar el error y hacer mas audaz el vicio, con descredito de la virtud!

Lo segundo. *El Evangelio alaba la viudez de santa Ana.*—“Esta se hallaba muy avanzada en edad, y habia vivido siete años con su marido, desde su virginidad. Y.... (habia permanecido) viuda hasta los ochenta y cuatro años....” Quedó viuda aun siendo jóven, y perseveró en su viudez constante, santa y largamente. Una viudez tan perfecta merecia los elogios del Espi-

ritu Santo. Feliz, de hecho, es este estado, que después de la virginidad es el mas propio para las divinas comunicaciones.

Lo tercero. *El sagrado texto hace el elogio de la santidad de la profetisa.*—“Y no salía del templo, sirviendo á Dios noche y dia con oraciones y ayunos....” Esta santa viuda, verdadero modelo de las personas libres ó separadas del siglo, habia elegido un tenor de vida regulado sobre la perfeccion de su estado. Todos sus dias eran santificados por el ayuno, y todas las horas del dia y de la noche divididas en varios ejercicios de piedad. Su habitacion mas ordinaria era el templo; allí pasaba su vida en la mortificación y en la oracion, sin temer que una vida tan austera pudiese dañar á su salud ó abreviar sus dias.... ¡Oh cuántas delicias goza una vida casta, mortificada y aplicada á la oracion! Estas delicias serian mucho mas deseadas si fuesen mas conocidas. La oracion, la mortificación y la pureza están unidas con los lazos mas insolubles y mas estrechos. Sin la oracion es imposible la mortificación, sin la mortificación la oracion es insípida, sin la oracion y la mortificación la castidad es frágil y raramente se sostiene.

PUNTO II.

DE LA PRESENCIA DE LA SANTA PROFETISA.

Lo primero. *Admiremos su piedad.*—“Y esta llegando á aquel mismo tiempo alababa tambien al Señor....” Cuando Jesús, María y José estaban aun en el templo, llegó á él la santa viuda. ¡Cuán to le hubiera desagrado faltar en un momento tan precioso como era aquel en que el santo viejo, teniendo aun en sus brazos á Jesús, profetizaba la suerte del Hijo y de la Madre! ¡Qué favores no le mereció su piedad á esta virtuosa israelita! Vió aquel Dios niño, lo contempló y penetró el misterio escondido bajo las apariencias comunes de su adorable persona. ¡Cuál fué su júbilo, su respeto y su amor! Hizo comparecer su embalsamiento; se desahogó rindiendo gracias y bendiciones, y dió públicamente gloria á Dios y testimonio á su Hijo. Si esta insignie profetisa de Jerusalem se hubiese desquidado en ir al templo en aquella hora, se habria privado de un favor tan ínfimo.... Dios une sus gracias á ciertos momentos y á ciertas ocasiones; observemos con atencion estos momentos preciosos y no les dejemos huir.—Aquel ejercicio de piedad, aquel acto de religion que hemos omitido, seria acaso el tiempo escogido por Dios para hacernos un particular favor.... Imitemos el amor de Ana por el culto del Señor. ¡Con qué sentimientos, con qué respeto debemos adorar á Jesucristo en sus templos! Pero, ¡ay de mí! ¿La manera con que en ellos estamos no le es las

mas veces injuriosa? ¿No es una condenación contra nosotros mismos? ¿No descubre nuestra poca fe y nuestro poco respeto á su divina persona?

Lo segundo. *Observemos el celo de la profetisa.*—“Y hablaba de él á todos aquellos que esperaban la redención de Israel....” Ella ya ejercía el empleo de apóstol.... Llena de gozo de haber visto al Mesías, se cree obligada á participarlo á todos los fieles israelitas que conoce en Jerusalem. Les habla de él con un tono profético é inspirado que persuade, y con aquel fuego apostólico que enciende los corazones. Si el amor de Jesús reímas en nuestras almas, su grandeza y sus beneficios serían el objeto de nuestros discursos: no contentos de conocer y de amar á Jesucristo, nos interesaríamos también en hacerlo conocer á otros y en hacerlo amar.

Lo tercero. *Hagamos una reflexión sobre su prudencia.*—¿A quién da ella á conocer á Jesucristo? “A todos aquellos que esperaban la redención de Israel....” Todos los judíos esperaban el Libertador prometido; los unos con las falsas ideas de una grandeza mundana y de una libertad temporal, los otros con la mayor indiferencia; solo un pequeño número lo esperaba con el ardor y con el espíritu que convenia á los verdaderos israelitas. A estos solos dirige esta santa vida las palabras de salud, y cuenta cuanto ha visto y cuanto le ha dado á conocer el Espíritu Santo. Hubiera sido imprudencia y aun cosa peligrosa hablar indiferentemente á todo el mundo, principalmente en una ciudad donde reinaba un impío y el mas cruel enemigo del Salvador.... Entre nosotros todos se dicen cristianos; todos se dicen católicos; pero poquimos hay que se interesen por el cristianismo, que deseen sinceramente el establecimiento del reino de Dios y la verdadera redención de Israel. Poquimos con quienes se pueda hablar de la redención eterna que esperamos y de los medios necesarios para conseguirla.

PUNTO III.

DE LA VUELTA DE LA SANTA FAMILIA.

“Y habiendo cumplido todo aquello que ordenaba la ley del Señor, se volvieron á la Galilea y á su ciudad de Nazareth....”²¹

1. Hablando aquí san Lucas de la vuelta á Galilea, no habla de la que se hizo inmediatamente después de la Purificación, sino de la que se hizo cuando la santa Familia volvió del Egipto, como lo vemos en la mediación XVIII, en que tenemos otra vez memoria de este verso.... Es, pues, probable que después de la purificación la santa Familia se volviese á Betsán, donde tuvo la orden de partir para Egipto. Pero san Lucas no habla de hablar de

Lo primero. *Se vuelven sin precipitación.*—No salen del templo sino después de haber cumplido enteramente cuanto ordenaba la ley, y de haber escuchado cuanto Dios quería darles á conocer por boca de Simeón y Ana.—Nuestra precipitación á salir de la iglesia luego que se acaba una misa, luego después de la comunión ó de cualquier otro ejercicio de piedad; nuestra prisa y nuestro deseo de concluir y dejar estos actos de religión, nos privan muchas veces del fruto que hubiéramos podido sacar.... Demos fin á nuestros actos de devoción con emplear algun tiempo en el recogimiento, en el cual podemos escoger y llevar con nosotros algun buen sentimiento y algun recuerdo saludable.

Lo segundo. *Se retiran sin dissipación en un profundo silencio.*—El silencio de María y de José por todo el tiempo de esta ceremonia me parece muy digno de observarse y de admirarse. San Lucas no dice de ellos como habia dicho de los pastores que se volvieron alabando á Dios.... ¡Oh, y cuán profundo es este silencio! ¡oh, y cuán admirable!.... No hemos gustado jamás nosotros las dulzuras en la oración ó en la comunión? ¿no nos hemos hallado jamás en este feliz estado de silencio, en que el alma se abisma y se pierde delante de la majestad de Dios á vista de sus beneficios? Tan raro es sin duda este don de Dios cuanto precioso; pero este es ordinariamente el premio y la recompensa de la perfecta observancia de la ley, y requiere siempre la mayor fidelidad para conservarse.

Lo tercero. *Partieron luego que fue terminado el oficio de Dios.*—No se detuvieron en Jerusalem á tomar reposo ó para gozar de la estimación que les habian conciliado tantas maravillas. Se vuelven á su casa sin perder un momento para asistir allí á su ordinario trabajo.—Ejemplo admirable para los padres y madres de familias, que deben emplear su vida en unir y cumplir las obligaciones domésticas y las de la religión, y que para conservar los sentimientos de piedad que les inspira el servicio divino, no deben dejarse distraer de vanos entretenimientos y frívolas conversaciones, sino del templo volverse á sus casas para cumplir en ellas las obligaciones de su esta-

los Magos ni del Egipto; ha seguido el método de los evangelistas, que es contar por orden y unir los hechos distantes unos de otros cuando el Espíritu Santo no los movia á escribir los intermedios; nosotros veremos muchos ejemplos.—Sabemos muy bien que se puede poner en otro orden la adoración de los Magos, la purificación de María y la huida á Egipto; pero como esta diversidad de orden no interesa la piedad y no puede deducirse claramente del texto, hemos seguido el orden que se halla mas conforme á las fiestas de la Iglesia, sin querer entrar ni tomar algun partido, y mucho menos condenar á aquellos que ordenan los hechos de otra manera. Este plan es el que seguiremos en toda esta obra.

do, y sucesivamente ejercitarse en la práctica de las demás obras de piedad.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ay de mí! Señor, el tiempo es breve; y qué uso he hecho de él hasta ahora para mi satisfacción?... Hacedme conocer hoy toda su importancia, para que yo conozca el uso necesario, y para que á ejemplo de Ana, ocupado de noche y dia en el negocio de mi salvación, casi jamás salga de nuestro templo ó de vuestra divina presencia. ¡Ah! ¡cuánto me aflige el tiempo que el mundo me ha quitado! Resuelvo, pues, en este momento, ¡oh Dios mio! servirme de todos los instantes que vos me concederéis de vida; quiero trabajar por mi alma todos los dias que me concederéis, y otra cosa no temaré en adelante, sino que siendo estos breves, no se hallen aun llenos delante de vos para merecerme vuestra recompensa. Amen.

MEDITACION XVII.

LA PERSECUCION DE HERODES.

S. Mat., e. II, v. 13, 23.

El Evangelio nos presenta aqui tres objetos á la consideración; primero, la huida de la santa Familia á Egipto; segundo, su demora en Egipto; tercero, su vuelta de Egipto.

PUNTO I.

LA HUIDA Á EGIPTO.

“El ángel del Señor apareció en sueños á José, y le dijo: levántate y toma al niño y á su madre y huye á Egipto y estate allí hasta que yo te lo diga. Porque ha de acontecer que Herodes busque al niño para hacerlo morir; y él levantándose tomó al niño y á su Madre de noche y se retiró á Egipto, y allí se estuvo hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que habia dicho el Señor por el profeta, que dice: del Egipto he llamado á mi Hijo....”²¹ Dios da aqui una orden para la conservación de los dias de su Hijo.

Examinemos lo primero cuál es esta orden.—Es humillante para Jesucristo, es una orden de huir, de huir de su patria, de huir á Egipto, de huir de Herodes, de huir con la calidad y con el nombre de Salvador. ¡Un Dios debe huir la cólera de un hombre? ¿una tal orden conviene á la

grandeza del soberano Señor? No sin duda; si se consultan las ideas del mundo, milagros, prodigios, hechos esclarecidos serian de mayor gusto para nosotros.... Aprendamos á reformar nuestras ideas sobre las de Dios. Esta orden, por humillante que parezca, es infinitamente gloriosa á Dios, porque su grandeza no puede ser mas honrada que con las humillaciones de su Hijo; humillaciones conformes, por otro lado, á los oráculos de los profetas. Esta orden no solamente es gloriosa á Dios, sino también útil para el hombre, que puede hallar en él meditándolo de qué instruirse en el camino de la salud, de qué consolarse en sus desgracias y de qué edificarse en las persecuciones que jamás faltan á la Iglesia, á sus santos.

Lo segundo.—¿A quién va enderezada esta orden.—A José. ¡Qué suerte para este verdadero justo! El es confidente de los secretos de Dios, el hombre de su diestra y el instrumento de su autoridad; él tiene comercio con los espíritus bienaventurados que están encargados de anunciarle las voluntades del Señor sobre la tierra; tiene las veces de Dios Padre, es la cabeza de la santa Familia, el depositario de Jesús y María, y tiene el derecho de mandarles. ¡Qué honor! ¡qué empleo! ¡Ha habido por ventura otro mas santo, mas elevado y mas importante! ¡Cuán grande es el de los sacerdotes en cuyas manos ha puesto Dios los fieles para salvarlos y sacarlos del Egipto, y á quienes ha confiado y entregado á Jesucristo para alimentar los verdaderos hijos de Israel!

Lo tercero. *¿Cómo se ejecuta la orden de Dios?* Primeramente. *Por parte de Jesús.* Penetremos con la fe sus internos sentimientos.—Con qué fidelidad, con qué amor se sometió á las órdenes de su Padre?—Segundo. *Por parte de María.* Examinemos su corazón. La calidad de Madre de Dios no le hace olvidar que es esposa de José. ¡Con qué exactitud obedece á sus órdenes!—Tercero. *Por parte de José.* ¡Qué sumisión! Obediencia ciega y sin réplica, pura y sin dilación, exacta y sin omisión, constante y sin limitación de algun tiempo. Admiremos cómo María y José se disponen á esta huida sin afán y sin precipitación, sin inquietud sobre los peligros y sobre las fatigas del viaje, sin réplica, sin discursos, sin lamentarse y sin quejas, ni contra el rigor de una orden tan humillante y penosa, ni contra las circunstancias del tiempo, que es la noche, del lugar, que es el Egipto, naciou idólatra, ni contra Herodes, aquel injusto perseguidor. Estos santos esposos dejan obrar al Señor; solo piensan obedecer, y están solamente atentos á tener cuidado del divino Niño, que se les encarga María de la persecución.... ¡Oh, y cuán verdaderamente son dignos el uno del otro y el uno y el otro de Jesús!.... ¡Cuando, pues, me haré yo fuerza y procuraré hacerme digno de imitar sus virtudes, esto es, con una ciega obediencia

cia, con una fe firme, con una paciencia constante y con una confianza perfecta?

PUNTO II.

DEMORA DE LA SANTA FAMILIA EN EGIPTO.

El historiador sagrado no solo nos instruye aquí de cuanto sucede en Egipto, sino también en Belén y en Jerusalem.

Lo primero. *Lo que sucede en Egipto.*—Aquí la santa Familia vive pobre, oscura, incógnita, pero preciosa á los ojos de Dios y tierno objeto de sus complacencias. Vive en medio de la superstición y de la idolatría, pero dando á Dios el culto mas puro y el homenaje mas perfecto: aquí vive en medio de toda suerte de pecados y de escándalos; pero aquí hace resplandecer los ejemplos de todas las virtudes. En cualquiera parte, en cualquier estado, en cualquier familia que nosotros vivamos, estémonos escondidos, humildes y recogidos con nuestro Salvador. Resistamos á los escándalos, seamos por todas partes el buen olor de Jesucristo y la edificación del prójimo.... ¿Pero qué sería si en la misma casa de Dios, si en el seno del cristianismo y en la religión, si en el sagrado ministerio, si en medio de los buenos ejemplos nosotros mismos fuésemos un sugeto de escándalo?

Lo segundo. *Lo que sucede en Belén.*—Entonces Herodes viéndose burlado de los Magos, se enojó fuertemente y mandó matar todos los niños que había en Belén y en todos sus confines, desde la edad de dos años para abajo, segun el tiempo que había averiguado de la relacion de los Magos. Entonces se cumplió cuanto había sido predicho por el profeta Jeremías,¹ que dice: una voz se ha oído en Ramá grandes llantos y grandes alaridos; Raquel, que lloraba sus hijos y no quiso admitir consolacion, porque ya no son.... He aquí toda la potencia humana, que armada contra unos niños débiles, emplea toda su fuerza, ejercita todo su furor, y lo llena todo de sangre y de estragos; pero Dios, sin que parezca que obra, destruye todos los proyectos de los hombres y hace que todo coopere á la ejecucion de sus propios designios. ¡Prudencia humana, tíeros del todo inútil contra la sabiduría de Dios! Herodes hace matar una multitud de niños por hacer que pereza uno solo, el objeto de su furor; y este niño, á quien él teme, este solo se le huye. Se cumplen las profecías: el nacimiento del Mesías es anunciado en todo el mundo; los gritos de las madres y la sangre de los niños son una voz que ha resonado hasta en las colinas de Roma, hasta los oídos de Augusto. Los santos inocentes adquirieron una vida eterna, y Dios ro-

¹ Jerem., c. XXXI, v. 25.

cibió en estos tiernos corderos las primicias de una sangre preciosa con que la tierra será bien presto bañada y purificada.... Tal ha sido y tal será siempre el efecto de todas las persecuciones contra Jesucristo y contra su Iglesia.... Ellas harán ver la debilidad de las potencias de la tierra, cumplirán las profecías, extenderán el conocimiento de la verdad y formarán la felicidad eterna de aquellos que serán las víctimas. ¡Oh, cuán digna es de envidia la suerte de estos niños sacrificados por Jesucristo, y de aquellos que mueren después del bautismo! ¿Qué favor el ser salvos antes de haber tenido el uso de la libertad! Si nosotros hacemos buen uso de la nuestra, nuestra suerte será aun mas feliz y mas gloriosa por Dios. Lejos, pues, de dolernos, demos gracias al Señor por habernos conservado para una tan grande felicidad. Roguemos y velemos, no sea que por nuestra culpa la perdamos.

Lo tercero. *Lo que sucede en Jerusalem.*—Consideremos aquí un usurpador sobre el trono, entregado á todas las pasiones, sumergido en toda suerte de delitos, impio, ambicioso, astuto, cruel, sin mas religion que la de su política, que se alimenta de las lágrimas de sus súbditos, que tiene por juego el derramar sangre, y no perdona aun la de sus propios hijos; un delincuente atormentado de sus delitos, presa de su afañ, del despecho y de la cólera, agitado de sospechas, de temores y de inquietudes; aborrecido y detestado de sus pueblos; la excrecion del universo; un impio herido de la mano de Dios, roido de gusanos, infestado su propio palacio, insoportable á sí mismo, moribundo en su impiedad y dictando aun mientras que espira las sentencias de una crueldad que ya no se debía temer.... Finalmente, consideremos á Herodes muerto, cómo había vivido, enemigo de Dios y teniendo siempre á Dios por enemigo; á Herodes, que ha llegado á ser víctima eterna de un Dios vengador, precipitado en un abismo de azufre y de fuego.... En esto, pues, pararon la astucia, las intrigas y la gloria toda de este famoso monarca. El mundo no ha dejado de darle el sobrenombre de grande. Pero ¡oh cuán diferentes son de los del mundo los juicios del Señor! ¡Ay! ¿qué sirve ser grande á los ojos del mundo siendo al mismo tiempo de abominacion á los ojos de Dios?

PUNTO III.

VUELTA DE EGIPTO DE LA SANTA FAMILIA.

“Muerto Herodes, he aquí que el ángel del Señor aparece en sueños á José en Egipto y le dijo: despiértate y coge el niño y su madre, y vé

¹ JOSEPHO, de bello Jud., l. I, c. XX et. XVII, v. 8.

á la tierra de Israel, porque han muerto los que buscaban la vida del niño. Y él despertándose cogió al niño y la madre y fué á la tierra de Israel. Pero habiendo oído que Arquelao reinaba en la Judca en lugar de Herodes su padre, temió de ir allá, y advertido en sueños, se retiró á la Galilea, donde habiendo llegado, habitó en la ciudad llamada Nazareth, para que se cumpliese lo que había sido predicho de los profetas; él será llamado Nazareno....”

Lo primero. *Observemos en qué circunstancia se hace esta vuelta.*—Se hace luego que muere Herodes. Dios regula todos los acasimientos y quiere que los esperemos con paciencia y sumision, sin inquietud y sin quejas, y que nos aprovechemos de ellos con discrecion y sabiduría. El poder de los hombres, sus favores y sus furores tienen su tiempo, como lo tiene su vida. Todo muere; Jesucristo solo no muere ya mas: tomamos, pues, á él solo, á él solo amemos, y estemos á él solo unidos. Todos los perseguidores han muerto, y los mártires viven y reinan para siempre con Jesucristo.

Lo segundo. *¿De qué manera se hace esta vuelta?*—Por orden de Dios, siempre enderezado á José, que en su conducta nos presenta aquí de nuevo para admirar su obediencia, su prudencia y su autoridad. *Su obediencia.* No da paso alguno, no toma alguna determinacion sino por orden de Dios; y en esto es el verdadero modelo de las almas interiores, que deben continuamente escuchar la voz de Dios que les habla, ó sea en orden á las obligaciones de su estado, de que deben estar instruidas y que deben cumplir, ó sea en orden á la Iglesia y á los superiores, á quienes deben estar perfectamente sujetas, ó sea en orden á los piadosos pensamientos, buenos deseos y santas inspiraciones que deben seguir. *Su prudencia.* Teme volver á Belén, donde había estado por el parto de María, porque Arquelao, sucesor de Herodes su padre en el reino de Judea, se había ya dado á conocer por su crueldad.... Dios quiere que hagamos uso de nuestra razon cuando no se nos revela su voluntad, y que sepamos temer, dudar y consultarle, porque entonces no dejará de iluminarnos. Si queremos conservar á Jesucristo en nuestro corazón, imitemos la prudencia de san José. Examinemos bien los lugares á donde vamos, las personas que allí se hallan y quiénes son los que allí mandan. Finalmente, *su autoridad.* Todas las incumbencias van apoyadas á José; Jesús y María callan y se dejan guiar, observando las leyes de la mas exacta subordinacion. ¿Con qué pretexto querramos nosotros dispensarnos de ellas?

Lo tercero. *¿Cuál es el término de la vuelta de la santa Familia?*—Es Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, para el cumplimiento de lo que han dicho los profetas, que *Jesucristo sería llamado Nazareno.* Este nombre tiene tres significados. Primero significa *consagrado, santificado,*

como lo llaman los profetas. Esto es lo que es Jesucristo, esto es lo que es todo cristiano por su bautismo. ¿Lo somos tambien nosotros por nuestras costumbres? Segundo. Significa *flor y renuevo.* Jesús es esa flor y este renuevo del ramo de José y de David, de que frecuentemente hablan los profetas, principalmente Isaias.¹ Nosotros hemos estado ingertos en él y de él hemos sido adoptados. ¿Virimos de una manera digna de esta adopcion? Tercero. Significa *habitante de Nazareth.* Es tradicion recibida de los profetas, que el Mesías debía en este sentido ser llamado Nazareno. Jesucristo ha sufrido que los judíos, los idólatras y los impíos lo hayan nombrado por desprecio ya Nazareno, del nombre de la ciudad, ya Galileo, del nombre de la provincia, para mostrar á sus siervos que han de sufrir con júbilo los nombres injuriosos que se les dan, y por los que se esfuerza el mundo á hacerlos odiosos y despreciables. Bienaventurado aquel que por su amor sabe practicar esta leccion.

PETICION Y COLOQUIO.

El justo no está sin pruebas; pero vos no lo abandonáis, ¡oh Dios mío! Los perseguidores y la persecucion pasan, pero no pasa el fruto de la persecucion bien sufrida. Lo habeis experimentado vos mismo, ¡oh divino Jesús! en aquel estado de humillacion y de dependencia á que os ha reducido vuestro amor por mí. ¿Tendré yo aun corazón después de tales motivos y un tal ejemplo, para lamentarme de las tribulaciones que sufro y de las que aun me esperan! ¡Ah! Señor, haced que para ser participante de vuestra gloria, no me olvide jamás de que es necesario ser tambien participante de vuestros trabajos y de vuestras penas, sabiendo que seré mas ensalzado en el cielo cuanto mas participe de ellas en la tierra. Amen.

MEDITACION XVIII.

DE LA INFANCIA DE JESUCRISTO HASTA LOS DOCE AÑOS.

S. Lucas c. II, v. 39, 41.

El Espíritu Santo ninguna otra cosa nos enseña de la vida privada, escondida y humilde de Jesucristo sino que: primero, se crió en Nazareth; segundo, que allí crecía y se fortificaba estando lleno de sabiduría; tercero, que asistía á los ejercicios públicos de la religion. Meditemos con atencion y con fruto verdades tan preciosas.

PUNTO I.

EL NIÑO JESÚS SE CRIA EN NAZARETH.

“Y se volvieron á la Galilea á su ciudad de Nazareth....” ¿Qué gran ocasion de humilla-

¹ Cap. XI, v. 2.

cion fué para Jesucristo el habitar en esta ciudad!

Lo primero. *Le acarrió continuos desprecios.* Nazareth era un lugar despreciado por sí mismo y por estar en la provincia de Galilea; esta ciudad parecía que comunicase su baja y su oscuridad á sus habitantes, y este mismo desprecio recayó en Jesucristo en muchas circunstancias de su vida.... Jesucristo en todo nos predica la humildad, y nosotros por todo la huimos y hacemos que todo sirva á la vanidad. ¿El lugar de nuestro nacimiento es de cualquiera consideración? Luego nos hacemos un título para estimarnos y para despreciar á los otros. ¿Hemos nacido en un lugar poco conocido y despreciado? Luego nos avergonzamos de nuestra patria, la abandonamos y buscamos un teatro mas luminoso, sin temor siquiera los peligros á que nos pone nuestra vanidad. ¡Ah! dejémosnos guiar de la Providencia, mantengámonos firmes en nuestro estado, y si nos es libre hacer alguna elección por gusto y amor de Dios, antepongamos el mas oscuro y el mas humillante á los ojos de los hombres.

Lo segundo. *La demora de Jesucristo en Nazareth hizo nacer contra él perjuicios muy ventajosos.* El mas sincero, acaso, de sus discípulos, cuando oyó hablar de él como del Mesías, preguntó ¿si de Nazareth podía salir alguna cosa buena? Esto es lo que pensaban los mismos Galileos: ¿pues qué deberían pensar los habitantes de Judea, para quienes toda la Galilea era un objeto de desprecio?... Los perjuicios de los hombres sobre los lugares, sobre las provincias y sobre las naciones, contienen una cierta injusticia y un absurdo ridículo. Sopórtelos esta injusticia siempre que se nos haga, no turbe la paz de nuestro corazón y no nos impida caminar á la perfección.

Lo tercero. *La demora de Jesucristo en Nazareth le trajo insultos y ultrajes.* ¡Cuántas veces por bafa fué llamado Nazareno y Galileo! El primer nombre fué puesto en el título que le pusieron sobre la cruz, y el segundo fué el nombre con que por desprecio lo nombraba el apóstata Juliano: se sirvieron tambien de estos nombres los apóstoles y los cristianos; pero fué por respeto para sanar enfermos y para hechar los demonios.... Desemose ser humillados, despreciados ó insultados con Jesucristo, para ser ensalzados, glorificados y coronados con él....

PUNTO II.

EL NIÑO JESÚS CRECE EN LA CASA PATERNA.

“El niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba en él....”

1 S. Juan, c. I, v. 46.

Lo primero. *Jesucristo crecía y se fortalecía según el cuerpo.* ¡Oh! era una víctima que crecía para ser sacrificada á la gloria de su Eterno Padre y por nuestra salud; que se fortalecía para llevar el peso de nuestros pecados y la pena debida por ellos; y nosotros crecemos y nos fortalecemos para multiplicar nuestras culpas, sin pensar jamás en crecer para amar á Dios y tomar fuerzas para servirlo.... Jesús crecía en sabiduría; estaba de ella lleno, era la sabiduría misma, la sabiduría eterna de Dios; pero la manifestaba solo á proporción del número de sus años, para ser el modelo de todas las edades. Modelo que los padres deben incesantemente presentar á sus hijos. Jesucristo en Nazareth, desconocido en el humilde retiro de san José, pero que se distinguía con aquellos tratos de dulzura, de sumisión, de docilidad y de prudencia que le hacían amable á los ojos de Dios y de los hombres. Esto es el espectáculo divino que les deben ofrecer.

Lo segundo. *Jesucristo crecía en la gracia.* “La gracia de Dios estaba en él....” Gracia exterior en la proporción de su persona, que lo hacía, como dice el profeta, *el mas bello entre los hijos de los hombres.* Se descubría en su semblante, en su compostura, en sus discursos, una modestia y una dignidad que arrebataban. Gracia interior de que él mismo era el origen y el principio, era el autor de la gracia y venía á comunicarla; pero solo la manifestaba por grados. Los padres y las madres emplean sus atenciones en procurar á sus hijos las gracias exteriores que los hacen mas amables á los ojos de los hombres: y usan la misma diligencia para conservar y cultivar en ellos la gracia de Dios. ¡Ah! sucede frecuentemente que los hijos apenas han llegado á la edad de la razón ya han perdido la inocencia, y antes de haber salido de la infancia son ya grandes pecadores y se hallan sumergidos en hábitos viciosos, que vienen ordinariamente á hacerse mas fuertes con el tiempo.

PUNTO III.

EL NIÑO JESÚS ES LLEVADO A LOS EJERCICIOS PUBLICOS DE RELIGION.

“Y sus padres iban todos los años á Jerusalem para el día solemne de la Pascua....” La ley de Moisés ordenaba á todos los hombres y todos los hijos varones el ir tres veces al año á Jerusalem á ofrecer sus votos y sacrificios al Señor, esto es, en la fiesta de Pentecostés, en la fiesta de los tabernáculos y en la grande solemnidad de la Pascua. Hay apariencia de que la santa Virgen y san José fuese con el niño Jesús todos los días

1 Psal. CXLIV, v. 3.

2 Deuter. c. XVI, v. 16.

señalados, aunque san Lucas solo habla aqui de la Pascua, con ocasion del hecho que quiere contarnos acaecido en esta fiesta.

Lo primero. *Consideremos la frecuencia con que Jesucristo era conducido á Jerusalem en las grandes solemnidades.*—Si el temor de Arquelao, dice san Agustín, impedía á la santa Familia el habitar en aquella grande ciudad, el temor de Dios no le impedía el intervenir á solemnizar las grandes fiestas. Es un deber esencial para los padres y las madres acostumbrar á sus hijos á asistir con frecuencia y con modestia al santo sacrificio y á los oficios de la Iglesia, no solo empeñándolos ellos mismos y destilando en ellos aquel espíritu de respeto, de atención y de oración que exige la presencia de Jesucristo.

Lo segundo. *Observemos con qué espíritu iba Jesús al templo.*—Iba á él con júbilo, estaba en él con respeto, y allí ofrecía con amor sus súplicas á Dios su Padre. Allí, sobre todo, celebraba la Pascua, mirándose á sí mismo como la verdadera Pascua que debía suceder á la antigua. Se ofrecía á su Padre como el verdadero Cordero que bien presto debía ser sacrificado, y cumplir la figura de los sacrificios antiguos y establecer uno nuevo, único y perpetuo.... Es tambien obligacion de los padres instruir á sus hijos sobre la grandeza del sacrificio que la Iglesia ofrece y de las fiestas que celebra.

Lo tercero. *Con qué espíritu nosotros mismos asistimos al santo sacrificio y celebramos las fiestas y las solemnidades de la Iglesia?*—¿No faltamos por ventura nosotros muchas veces á asistir al servicio divino, á las oraciones y á las instrucciones? ¡Oh, y cuántas veces nos dispensamos sin justo motivo, y de esta manera nos privamos de la comunión de los santos! Y si asistimos á las juntas de piedad, á la celebracion de los santos misterios, ¡ah! con qué aire de violencia, de impaciencia y de dispacion! Con una frecuencia puramente exterior y judaica, justifica verdaderamente lo que dice el apóstol, que no puede haber union entre Jesucristo y Belial, entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ay de mí! ¡Me he alejado de vuestra tierna piedad, oh divino Jesús mío! He huído de vuestros ejemplos, ¡oh precioso modelo de mis acciones! A medida que vos creciais en edad y en fuerza, haciais ver vuestros progresos en la ciencia, en las luces, en la sabiduría y en la virtud: yo cada día me avanzo en edad y me alejo de vuestra sabiduría por conseguir y gustar la vanidad del mundo; cuanto mas vivo, obro mas de insensato, ni pienso de dónde vengo ni á dónde voy, ni al tiempo y uso que de él debo hacer, ni á la eternidad y suerte que en ella me espera. ¡Oh

1 De Concord. Evang. I, II, c. 20.

sabiduría increada, escondida bajo los velos de la niñez, iluminadme y guíadme, haced que yo me vuelva niño por la humillacion, por la inocencia y por la docilidad á vuestras santas leyes. ¡Oh divino Jesús! por la santidad de vuestra santa niñez, perdonadme los desórdenes de la mía y todos los pecados de los demás dias de mi vida. ¡Oh niño adorable! creed y crezca mi amor para con vos, y fortifíquese incesantemente hasta el último de mis dias. Amen.

MEDITACION XIX.

JESUS DE DOCE AÑOS PROPONE CUESTIONES A LOS DOCTORES.

San Luc., II, v. 42, 50.

Das circunstancias en este paso de la Escritura merecen nuestra atencion. Primera, María y José pierden á Jesús; segunda, lo hallan; tercera, le hablan.

PUNTO I.

MARÍA Y JOSÉ PIERDEN Á JESÚS.

“Y cuando llegó á la edad de doce años, habiendo ellos ido á Jerusalem, según la costumbre de aquella solemnidad, pasados los dias cuando se volvian, se quedó en Jerusalem el niño Jesús y no lo advirtieron sus padres. Y pensando que estuviese con los compañeros, caminaron una jornada y lo iban buscando entre los parientes y conocidos; y no habiéndolo encontrado, volvieron á Jerusalem á buscarlo....”

Primeramente, estas palabras nos enseñan la manera con que María y José perdieron á Jesús. No fué ciertamente por su culpa, sino por designio formal de la sabiduría de Dios. Si Jesús se quedó sin saberlo ellos en el templo de Jerusalem, su objeto era de una parte el preparar los judíos á reconocer en él una sabiduría sobrenatural y toda divina, y de otra el despertar en José y María la idea de su divinidad y de su independencia y de hacer al uno y á la otra el modelo, el refugio y consuelo de las almas visitadas con internas desolaciones.... Jesús algunas veces se esconde á las almas mas favorecidas y fervorosas para instruir las y perfeccionarlas, para que comprendan que las dulzuras sensibles de la devocion son dones de Dios que no les son debidos, y para que den pruebas de su fidelidad y de su amor y se acostumbren á servir á Dios por sí mismo y no por sus dones. Estas pruebas ni son ordinariamente largas ni frecuentes, y son siempre meritorias cuando de ellas se hace un santo uso; pero sucede muchas veces que nosotros perdemos las

dulzuras de la presencia de Jesús por nuestra culpa, por nuestras imperfecciones, por nuestra disipación y por nuestros pecados.

Lo segundo. *¿Cuál fué el dolor de María y de José por haber perdido á Jesús?*—Hicieron una jornada entera de camino, sin tener alguna sospecha de la falta de su hijo, creyendo que iría acompañado de algunos de los habitadores de Nazareth parientes suyos ó sus amigos, y que á la tarde lo encontrarían. Pero á la tarde cuando se trató de juntarse por familias y de reunirse para pasar la noche, Jesús no parece; comienzan á temer y á asustarse; preguntan por él, lo buscan y ninguno lo ha visto. ¡Oh María y José! ¡cuál fué entonces vuestra inquietud! ¿cuál el exceso de vuestro dolor! ¿cómo pasásteis aquella noche cruel! ¡Cuántos temores! ¡cuántas reflexiones! ¡cuántas quejas cada uno de vosotros no se dió á sí mismo! Ninguna cosa semejante á esta os hizo experimentar el furor de Herodes y los peligros de Egipto. Entonces teniais con vosotros á Jesús y ahora ya no lo tenéis. ¡Oh madre desconsolada! habéis perdido la luz divina, la vida de vuestra alma, aquel que vos amáis mil veces mas que á vos misma; ¿dónde, pues, se halla? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿dónde buscarlo? ¿dónde encontrarlo? Un alma que faltándole Jesús no experimenta esto tormento y estas agitaciones, no le ama. ¿En qué peligro se halla de no volverlo á encontrar? ¡Ay de mí! ¡cuántas veces os he perdido, oh Jesús mío, sin experimentar ni sentir esta pena! ¿Cuánto tiempo he vivido sin vos y sin haber tenido esta inquietud! ¿Qué cosa hubiera sido de mí si vos mismo por vuestra divina bondad no me habiésteis buscado el primero?

Lo tercero. *¿Cuál fué el ardor de María y de José en buscar á Jesús?*—Después de haberlo buscado inútilmente toda la tarde, la siguiente mañana luego que vino el día se pusieron en camino y volvieron á Jerusalem, informándose de él por todo el camino, sin poder tener noticia alguna; y no obstante toda su diligencia, llegaron ya tarde á Jerusalem; inmediatamente sin tomar reposo buscaron á Jesús, pero inútilmente tambien. El siguiente día hicieron por mucho tiempo nuevas diligencias para buscarlo, que igualmente fueron inútiles. Cuando se busca á Jesús es necesario buscarlo con ardor y con confianza. Este divino Salvador ve los movimientos y los deseos de nuestra alma y sabe los momentos de calmarla y consolarla.

PUNTO II.

MARÍA Y JOSÉ HALLAN Á JESÚS.

“Y sucedió que después de tres días lo hallaron en el templo, que estaba sentado en medio

de los doctores y les escuchaba y les preguntaba. Y todos los que lo oían quedaban atónitos por su sabiduría y respuestas...” María y José encuentran á Jesús; pero después de cuánto tiempo? ¿en qué lugar y en qué circunstancia?

Lo primero. *¿Después de cuánto tiempo?*—El tercer día después de haberlo perdido; como si hubiese querido Jesús con esto anunciarles el misterio de su resurrección. No toca á nosotros regular el tiempo de las pruebas. Dios lo abrevia ó lo prolonga, según las miras de su sabiduría, siempre relativas á nuestras necesidades y á nuestro espiritual aprovechamiento.

Lo segundo. *¿En qué lugar?*—En el templo. Jesús se debe buscar, no el tumulto ó en el gran mundo, sino en la iglesia, en la casa de Dios y en el lugar de la oración. Sean las que se fuesen las luces y el talento de los que nos instruyen en la iglesia, es siempre la palabra de Dios la que allí se oye. Cuando nosotros asistimos á ella con este espíritu, siempre quedamos edificados, y muchas veces basta una palabra para conmovier el corazón mas endurecido y para restituir la seriedad al alma mas desconsolada y hacerle recordar el bien que ha perdido.

Lo tercero. *¿En qué circunstancia María y José encuentran á Jesús?*—En el tiempo de la instrucción pública, en que presenta á su termina un espectáculo capaz de arrebatarnos de admiración. Era uso antiguo en Jerusalem que los doctores se hallasen en ciertos días en alguno de los atrios exteriores de la casa de Dios; algunos sentados en sillas elevadas formaban una especie de semicírculo, en cuyo centro había un numeroso concurso de gente que escuchaba sus discursos; entre esta gente se hallaba Jesús. ¡Qué júbilo para María y José cuando descubrieron aquel Hijo amado, cuya ausencia les había causado tanto dolor! ¡qué bien recompensadas fueron del júbilo las fatigas y cuánto se aumentó su consuelo al verlo servirse de la libertad concedida á todos en esta instrucción, para preguntar á los maestros y proponerles sus dudas! ¡Cuál fué su admiración cuando lo oyeron proponer cuestiones sólidas, responder con claridad á las que le proponían, explicar los textos de la Escritura, declarar su verdadero sentido con propiedad y precisión, y replicar á las respuestas de los doctores con un aire de modestia y con una manera tan sublime, que quedaba arrebatada toda la asamblea! Este grande auditorio y los maestros en Israel quedaron igualmente sorprendidos de ver un niño de doce años unir á la amabilidad de su persona, á la dulzura de su voz y á la modestia de su edad, tantas luces, tanta sabiduría y tanta erudición. Todo el mundo quería ver este niño prodigioso, cada uno se informaba de su nombre, de su familia, de su país y de su educación. Al salir de la asamblea no se hablaba de otra cosa que de la maravilla de que todos habían sido testigos. ¿Cuáles debieron ser en esta ocasión los senti-

mientos de María y de José? Sabían el uno y la otra que Jesús era la sabiduría increada; todo lo que veían nada podía añadir á la idea que tenían de su persona; pero lo que las sorprendió sin duda fué verlo mostrarse así en sus primeros años á los hombres, cuando hasta entonces no había hecho otra cosa que obedecerles, callar y estarse escondido. ¡Oh Jesús! doctor de nuestras almas, haced oír á mi corazón vuestra voz, que yo os escucharé; á vos solo admiraré y de vos solo gustaré.

PUNTO III.

MARÍA Y JOSÉ HABLAN Á JESÚS.

“Y habiéndolo visto (sus padres), se maravillaron. Y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, llenos de dolor, te andábamos buscando. Y él les dijo: ¿Por qué me buscáis vosotros? ¿no sabiais que en las cosas que tocan á mi Padre debo yo ocuparme? Y ellos no comprendieron lo que les había dicho...”

Lo primero. *Consideremos la queja de María.*—Habiéndose acabado la instrucción pública, José y María se acercaron á Jesús. Parecía que fuese María la que tenía derecho de hablarle, como de hecho lo enseñaron sus palabras. Ella se dolió con una ternura respetuosa de su ausencia, de haberle escondido sus designios y de haberlos dejado sumergidos en un mar de inquietudes. Si nosotros en nuestras penas supiéramos llevar nuestros gemidos y nuestros lamentos únicamente á los pies de Jesucristo, encontraríamos en él el consuelo que no nos pueden dar aquellos con quienes frecuentemente nos desahogamos.

Lo segundo. *Observemos la respuesta de Jesús á María.*—¿Por qué añagiro y buscarme? le dijo. ¿No debiais vosotros juzgar que siendo Dios, como yo lo soy, y enviado por mi Padre para hacer su obra, debo atender á mi misión?—Esta es la primera palabra que el Evangelio nos refiere de Jesús.—Esta palabra es la declaración del misterio de la encarnación, del fin de este misterio y de la consagración de Jesús á la gloria de su Padre y á nuestra salvación. Esta palabra es una instrucción para los hijos que Dios llama al servicio de los altares, para aquellos que ya están consagrados y para los padres mismos, que deben reconocer sobre sus propios hijos el derecho de una paternidad superior á la suya.—Esta palabra es una instrucción para todo cristiano, que debe frecuentemente decirse á sí mismo, y si fuese necesario tambien á los otros: estoy en este mundo para servir al Señor y para trabajar por mi eterna salvación.

Lo tercero. *Meditemos cómo María y José se aquietaron con las palabras de Jesús.*—La santa

Virgen hablando al divino Salvador había nombrado á José su padre; pero Jesucristo respondiendo al uno y á la otra, les habla de su verdadero Padre, que es Dios; subleva su espíritu sobre lo que ellos ven en él, enseñándoles que debían ya acostumbrarse, aunque estuviese todavía, en cuanto hombre, en la infancia, á hacer obrar por los intereses de Dios su Padre. Es, pues, probable que María y José comprendiesen muy bien de qué Padre hablaba Jesús; pero no comprendieron en particular cuáles fuesen las cosas que miraban al servicio del Padre celestial, en que debía ocuparse, ni cuándo ni cómo debía emplearse. No le hicieron después ninguna instancia ni otra pregunta, ni mostraron curiosidad de saber mas.—Recibamos con respeto la palabra de Dios, aun cuando no comprendamos todos los misterios que ella encierra. Contentémonos con las luces que Dios nos da, sin desear otras, que lejos de ser útiles á nuestra alma, le serian acaso dañosas, y practiquemos fielmente lo que ahora pide Dios de nosotros, sin querer penetrar un tiempo verdadero que esconde los designios de la Providencia, que debemos solo adorar.

PETICION Y COLOQUIO.

Haced, oh divino Jesús! que yo me aproveche de vuestras luces con sumisión, que recoja vuestra sabiduría con fruto, y si yo he tenido la desgracia de perderos, tenga á lo menos el júbilo de encontrarlos para siempre. Tendré sin cesar mis ojos fijos en vos para ejecutar vuestras órdenes á la primera señal de vuestra voluntad; y cuando se tratase de vuestro servicio, nada me podrá dispensar de obedeceros, y de obedeceros hasta la muerte. Finalmente, hacedme de tal suerte dueño de mi espíritu y de mi corazón, que todo cuanto se encuentre en mí contribuya á vuestra gloria y á la ejecución de vuestra voluntad. Amen.

MEDITACION XX.

VIDA DE JESUS DESDE LOS DOCE AÑOS HASTA LOS TREINTA.

San Luz., II, v. 40, 52.

Una piadosa curiosidad desearía una larga y exacta relacion de las palabras y de las acciones del Salvador hasta la edad en que comenzó á predicar públicamente su Evangelio; pero el Dios hombre que debía instruir el mundo con su doctrina y salvarlo con el precio de su muerte, aunque para él hubiese llegado el tiempo de hablar y de sufrir, no ha querido hacer otra cosa en el principio, que edificarlo con el ejemplo de sus domésticas virtudes. Su santa madre, que penetraba perfectamente sus designios, nos da mas en-

soñó al sagrado historiador que tuvo la suerte de recoger sus memorias, sino en dos palabras, que á su vuelta de Jerusalem en edad de doce años, se fué con ellos, volvió á Nazareth y estaba sujeto á ellos. Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, edad y en gracia para con Dios y para con los hombres....

Estas, aunque pocas palabras, si queremos internarnos en ellas, nos enseñan: lo primero, *cuál fué la humildad*; segundo, *la obediencia*; tercero, *el progreso*; cuarto, *la duración de la vida escondida de Jesucristo*.

PUNTO I.

HUMILDAD DE LA VIDA ESCONDIRA DE JESUCRISTO.

Primeramente. *Su condición en Nazareth*.—Está reputado por hijo de un artesano, y él á ninguno desengaña; Jesús llama á José su padre, y José llama á Jesús su hijo.

Lo segundo. *Su casa*.—Esta es de un artesano y conveniente á su profesión; por consecuencia pobre, estrecha, desprovista de muebles y de muchas cosas necesarias. El mismo juicio se puede hacer de sus vestidos y de su alimento.

Lo tercero. *Sus ocupaciones*.—Estas eran conformes á la condición de aquel que estaba reputado por su padre; sus manos divinas, que sustentan el cielo y la tierra, se empleaban en las necesidades de los hombres con trabajos penosos y obras puramente mecánicas.... ¡Oh Dios! ¡oh sabiduría increada! ¡Podiais darnos una lección mas sorprendente de humildad! ¿Cómo, pues, ¡oh divino Jesús! siendo nosotros vuestros discípulos podemos aun dejarnos dominar del orgullo y de la vanidad? ¿Y por qué andamos aun en busca de la gloria y del lustro, deseando siempre parecer mas de lo que somos? ¿Y por qué nos estimamos superiores á nuestra condición?

PUNTO II.

LA OBEEDIENCIA DE LA VIDA ESCONDIRA DE JESUS.

¿Qué cosa hizo Jesús desde los doce hasta los treinta años? El Evangelio nos lo enseña en una sola palabra: *estaba sujeto á ellos*. Estaba sujeto á José y á María, hacia cuanto estos le mandaban. ¿No es esto justamente lo que Dios pide de nosotros? La obediencia sola debe establecer el precio de todas nuestras operaciones, no dejándonos el ejemplo de Jesucristo algun pretexto de dispensa, principalmente si nosotros la pedimos. Consideremos:

Lo primero. *¿Quién es el que obedece?*—Es el Hijo único de Dios, la sabiduría eterna, el Criador y el Señor del mundo, el Salvador de los hombres.

Lo segundo. *¿A quién obedece?*—A sus propias criaturas, á un hombre y á una mujer, á aquellos á quienes él sobrepasa infinitamente y sin el mas mínimo grado de igualdad, en grandeza, en sabiduría y en poder.

Lo tercero. *¿En qué obedece?*—En las cosas mas simples, mas viles y mas penosas, como son aquellas que ocurren en la casa de un artesano.

Lo cuarto. *¿Cómo obedece?*—Mirando la voluntad de María y de José como la voluntad misma de Dios su Padre, animando interiormente su obediencia con el amor, con el respeto y con la sumisión de su corazón, y haciéndola edificante en lo exterior con la prontitud y exactitud de la operación.

Lo quinto. *¿Por qué obedece?*—Por reparar la gloria de su Padre ofendida con la desobediencia de nuestros primeros padres, para darnos ejemplo con que podamos volver á entrar en el camino de la sumisión que debemos á Dios, y obedeciendo á los hombres por amor suyo y por ensalzar el mérito de nuestra obediencia y consagrarlo en su persona.—(¿Qué importante lección! ¡qué ejemplo! ¡qué modelo! Obedezcamos á nuestros superiores como Jesucristo obedeció á José y á María; mandemos á nuestros inferiores como José y María mandaban á Jesús.

PUNTO III.

LOS PROGRESOS DE LA VIDA ESCONDIRA DE JESUS.

A medida de lo que crecía en edad, lo veían conciliarse las complacencias de Dios su Padre con la plenitud de la sabiduría delante de los hombres, con los dones de la gracia delante de Dios, y con la práctica de las obligaciones mas comunes.

Lo primero. *Jesús crecía en sabiduría delante de los hombres á medida que se avanzaba en edad*, esto es, hacia comparecer proporcionada á su edad la sabiduría, como el sol, que aun cuando siempre igualmente luminoso en sí mismo, resplandece no obstante y nos ilumina mas á medida de lo que se eleva sobre nuestro horizonte; así Jesucristo, el sol verdadero de justicia, pero escondido bajo la figura de un niño, enviaba mas lejos sus rayos, hacia parecer mas viva y mas resplandeciente la grandeza de su sabiduría y de sus virtudes segun los diversos grados de su fuerza y de su edad.—Modelo divino que continuamente se debe proponer á la juventud, para que con Jesucristo crezca en edad, y al mismo tiempo en sabiduría.

Lo segundo. *Jesús crecía en gracia delante de*

Dios, esto es, las virtudes que en él comparacion eran sinceras y verdaderas á los ojos de Dios.—¿De qué sirve regular nuestro exterior y tenerlo compuesto delante de los hombres, si crecen y se multiplican sin fin nuestros pecados delante de Dios, y solo tenemos virtudes aparentes, fingidas é hipócritas?

Lo tercero. *Jesús crecía en sabiduría y en gracia con la práctica de las obligaciones mas comunes*.—Nuestro adelantamiento no depende de la naturaleza de nuestras operaciones, sino del espíritu interior que las anima. No nos lamentemos de no hallarnos en estado de hacer grandes cosas por Dios; Jesús nos da el ejemplo de una cantidad conforme á nuestra capacidad, y que por escondida es mas segura y mas preciosa: pensemos solamente, caminando á nuestro término, en no decir jamás *basta*....

PUNTO IV.

LA DURACION DE LA VIDA ESCONDIRA DE JESUCRISTO.

San Lúca, c. III, v. 23.

Jesús tenía cerca de treinta años cuando comenzó á mostrarse en público.—¿Por qué Jesucristo debiendo estar treinta y tres años sobre la tierra, pasa los treinta en una vida escondida y oscura, y solo emplea tres en las funciones públicas de su misión?

Lo primero. *Por conformarse al uso de los judíos*, segun el cual ninguno entraba en las funciones públicas antes de la edad de treinta años.—Si todos estuvieran animados del espíritu de Jesucristo, mas raramente se pedirían dispensas de la edad.

Lo segundo. *Para hacernos comprender las ventajas de la vida escondida y hacérmola amable*.—Cuando se trata de enseñarnos á hacer grandes cosas y aun á padecer y sufrir mucho á los ojos del público, testigo y admirador de nuestras acciones, se puede decir que la gracia y aun que la naturaleza nos sostenga sin trabajo; pero para hacernos agradable alguna vez una vida oscura y un retiro desconocido, principalmente si estamos adornados de grandes talentos y de singulares calidades, era necesario un modelo divino.—¿Ay de mí! treinta años de la vida de Jesucristo pasados en este estado, no bastan aun para contener el ardor de nuestro amor propio, enmascarado frecuentemente con el nombre de celo, para hacernos gustar las virtudes opuestas á nuestro orgullo, á nuestra vanidad y á nuestra ambición, esto es, la humildad, el abatimiento y el desprecio de las cosas del mundo?

Lo tercero. *Para enseñar á aquellos que se quieren dedicar al ministerio evangélico á no en-*

cargarse de un empleo tan divino sin haberse ejercitado primero algunos años en las virtudes sólidas y escondidas, y sin haber domado el orgullo y el amor propio, que fielmente se visten de la apariencia de la piedad, del fervor y de la caridad, y que regularmente no buscan otra cosa que la propia satisfacción en el esplendor de las funciones apostólicas.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh divino Jesús, que creciste, ó por mejor decir, que parecía que crecías en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres! ¡Ay de mí! ¡Cuán diverso ha sido ahora mi proceder! Al paso que he crecido en los años he crecido en malicia; al paso que vos multiplicasteis mis días y en mi vuestros beneficios, yo he multiplicado mis pecados y mis ingratitudes. Mi cuerpo, mi espíritu, mi corazón, mis sustancias, mi salud y mis talentos, todos estos beneficios y estos bienes en mis manos han sido instrumentos de iniquidad. Hacedme la gracia, ¡oh Señor! de que por lo menos en adelante sean instrumentos de justicia y de penitencia. ¡Oh María, que tan de cerca imitasteis los ejemplos de vuestro corazón sus palabras! alcanzadme la gracia de poderlo imitar con vos. ¡Oh José, que tuvisteis la dicha de acabar vuestros días en el ejercicio de las mas sublimes virtudes y de morir lleno de méritos entre los brazos de Jesús y de María; oh poderoso protector de las almas interiores y de los fieles agonizantes! obtenedme una vida y una muerte semejante á la vuestra. Amen.

MEDITACION XXI.

PRINCIPIO DE LA PREDICACION EVANGÉLICA DE SAN JUAN BAUTISTA.

S. Mat., c. III, v. 1, 2, 3.—S. Marc., c. I, v. 1, 4.—S. Luc., c. III, v. 3, 4.

El principio de la predicación de san Juan Bautista es el principio del Evangelio de Jesucristo, como dice san Marcos: "Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.... Juan estaba en el desierto bautizando y predicando el bautismo de la penitencia para el perdón de los pecados...." El bautismo que daba san Juan era una cierta prenda ó empeño que el bautizado tomaba sobre sí para hacer penitencia y dispusese á recibir el perdón de los pecados; pero con dar el santo precursor su bautismo, anunciaba otro mas perfecto, que efectivamente los debía perdonar; decía: "Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos...." Con estas expresiones anunciaba la venida del Mesías

Hijo de Dios, que venía á predicar el Evangelio, á fundar su Iglesia, á formarse un nuevo pueblo, á reconciliar los hombres con Dios, y á hacerlo reinar en sus corazonces. Nosotros hallaremos aquí el primero motivos para fortificarnos en la fe; lo segundo motivos para humillarnos, examinando nuestra conducta.

PUNTO I.

MOTIVOS PARA FORTIFICARNOS EN LA FE.

Primer motivo: *los hechos evangélicos probados con su data y con su publicidad.*—El cristianismo no es una religion de sistema filosófico; está fundado sobre hechos históricos; manera de instruir los hombres la mas digna de la grandeza de Dios y la mas conveniente á nuestra debilidad y flaqueza. La religion cristiana no es una de aquellas tradiciones populares que no tienen origen ó que se pierden en una desconocida y fabulosa antigüedad, y menos aquellas fábulas paganas ó mahometanas que no han tenido testigos y de que no se encuentran testimonios. La religion cristiana ha tenido un principio y se nos muestra con una data y con unos testimonios los mas graudes, los mas esclarecidos y los mas universales.

Veamos cómo san Lucas señala la época: "Mas el año décimo-quinto del imperio de César, siendo procurador de la Judca Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de la Galilea, y Felipe su hermano tetrarca de Iturea y de la Tracónitide, y Lisaniás tetrarca de Abilena, bajo los pontífices Anás y Caifás, el Señor habló á Juan hijo de Zacarías, en el desierto; y el vino y corrió por todo el país en las regiones del Jordan, predicando el bautismo de la penitencia para el perdón de los pecados..." En esta data se ven señalados los tiempos, los lugares y las personas con la mayor claridad. La predicacion evangélica, pues, empezó bajo los primeros Césares, y bajo de ellos se obraron todos los hechos evangélicos sobre que está fundado el cristianismo, en un siglo el mas iluminado y mejor conocido, en la Judca, á la vista de un gobernador romano, y por decirlo así, bajo los ojos de los emperadores y de todo el imperio romano, y por consiguiente bajo los ojos de todo el mundo entero; ¿se puede desear una prueba mas auténtica y mas pública?

1 Este Herodes fué hijo del otro que hizo morir á los niños inocentes, y el mismo que mandó degollar á san Juan Bautista, y á quien envió Pilatos á nuestro Señor. Algunas veces es llamado rey, pero hablando con propiedad, no era mas que tetrarca, esto es, soberano de una cuarta parte del país.

2 Habia entonces dos pontífices que alternativamente ejercitaban el pontificado, ó cada uno en su año.

—Y podrán por ventura pocas palabras de bafa, de burla y de desprecio destruir unos hechos de esta naturaleza y que llevan un carácter tan sensible de grandeza y de verdad?

Segundo motivo de fortificar nuestra fe: *los hechos evangélicos probados por su uniformidad con los libros proféticos.*

Los libros proféticos ni son supuestos ni han sido alterados por los cristianos, porque son mucho mas antiguos que el mismo cristianismo, y por una admirable providencia se hallan en las manos de los judíos, enemigos declarados del nombre cristiano. Los libros proféticos son divinos, y la religion cristiana, fundada sobre ellos, es divina. Las profecías empezaron á cumplirse desde el principio de la predicacion evangélica, como nos hacen observar atentamente los cuatro evangelistas. "San Juan aparece en las riberas del Jordan, conforme está escrito en el libro de los sermones de Isaías, profeta: Voz de uno que clama en el desierto, preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.... así como está escrito de tí mi ángel, que preparará tu camino....." Desde el primer paso el Evangelio se halla conforme á la profecía, y desde el primer paso quedan abatidos todos los engañadores que en diversos tiempos han ido apareciendo en el mundo. A ninguno de ellos precedió aquella voz que grita en el desierto: ni ellos, ni los falsos dogmas que han publicado, han tenido jamás algun principio cierto, algun apoyo sólido, ni concatenacion alguna, y están muy lejos de subir hasta el primer origen del mundo, como la verdadera religion. A solo Dios pertencen poner en sus obras esta íntima conexcion, que enlaza todas las partes desde la creacion de los siglos hasta su consumacion.

Bondita sea para siempre, ¡oh Dios mio! nuestra inefable sabiduría, que ha puesto una union tan admirable entre vuestros dos Testamentos, y los ha sellado con el sello inviolable de vuestra divina autoridad. Vos solo, ¡oh gran Dios! sois el dueño de los tiempos y de los acontecimientos; vos solo podéis decir tan anticipadamente lo que debe suceder, y hacer que suceda lo que habeis predicho. A esto no llega ni puede llegar la prudencia ó la malicia humana; aquí se deja sentir la majestad y el poder de vuestra palabra, que ni los demonios ni los hombres podrán falsificar jamás.

Tercer motivo para asegurarnos en la fe: *los hechos evangélicos probados por su importancia y por la fe que siempre se les ha dado.*

Hay y ha habido algunos hechos que fácilmente se han podido creer, porque no eran alguna consecuencia y no debían traer consigo algun cambioamiento, y por eso los hombres no han tenido empeño ó interés particular en examinarlos, en admitirlos ó reprobarlos. Llamo hechos importantes aquellos que los hombres no han po-

PUNTO II.

MOTIVOS DE HUMILLARNOS EXAMINANDO NUESTRA CONDUCTA.

didó creer sin mudar del todo las ideas y manera de pensar, y renunciar un culto en que se habia criado, por abrazar uno nuevo, reformando las propias costumbres, combatiendo las propias inclinaciones, y exponiéndose á perder la reputacion, la honra, los bienes, el reposo y la misma vida. Tales son los hechos evangélicos: estos se han creído en todo el mundo; se creyeron desde el principio, y si no se hubieran creído al principio, no hubiera llegado su fe hasta nosotros. Si se creyeron al principio, son verdaderos, porque no hubieran podido los hombres creerlos sin examinarlos y asegurarse bien, por motivo de su gravedad é importancia y de las consecuencias que debían llevar consigo; y tambien porque examinándolos no han podido errar por su gran luz, por su autenticidad y por su notoria verdad. Yo los creo, ¡oh Dios mio! y recibo con una perfecta creencia vuestro Evangelio; Evangelio que quiero meditar y practicar con la firme esperanza de encontrar el perdón de mis pecados y la recompensa eterna que en él se me promete.

Cuarto y último motivo de afianzarnos en la fe: *los hechos evangélicos, probados con la santidad de aquellos que los anunciaron y de aquellos que los han creído.*

¿Quiénes son los primeros predicadores, los primeros históricos, los primeros que siguieron el Evangelio y los primeros pastores que nos lo han ido enviando sucesivamente de mano en mano, de padres á hijos? Santos eminentes en todo género de virtud, hombres que se alimentaban de la penitencia, criados en la soledad de los desiertos, mandados y autorizados por Dios, llenos de su espíritu, y dotados de los mas preciosos dones del cielo, y aun del don de hacer milagros. ¿Quiénes son los apóstoles que nos envía por delante la nueva filosofía? Filósofos llenos de sí mismos, que únicamente atienden á conseguir gloria, siempre en guerra entre sí por disputarse la gloria y la estimacion de los hombres; copleros, versificadores y fabricadores de romances, de bufonías, de comedias; autores llenos de licencia, de obscenidad; moralistas que no bascan ni predicar otra cosa que los placeres y la delectacion de los sentidos. Estos son los que saliendo, no del desierto, sino de los teatros, de los lugares de impudencia, se nos presentan para abrirnos los ojos y advertirnos que el cristianismo es un puro prejuicio y un fanatismo. ¡Oh Dios mio! ¿á qué tiempos hemos llegado! ¿cuán grande es hoy la ceguedad de los hombres! Se leen libros que nuestros padres hubieran despreciado con horror, se escuchan como doctores iluminados unos hombres que ellos hubieran juzgado dignos de desprecio. ¡Funesta docilidad! ¡Ojalá que la nuestra á nuestra fe fuera como la que los mundanos dan á sus patriarcas y á sus filósofos!

Quatro nos presenta el Evangelio: el primero, *la penitencia que nos pedía san Juan.*—Y á la verdad, ¿qué penitencia hacemos nosotros? ¿qué proporcion ponemos entre nuestros pecados y nuestra penitencia? ¿cuál es nuestra frecuencia en recibir el sacramento de nuestra reconciliacion? ¿cómo nos preparamos para recibirlo? ¿qué fruto sacamos? ¿cómo practicamos las penitencias que nos impone la Iglesia de ayunos, de viglias y de abstinencias? ¿cómo aceptamos aquellas que nos envía Dios de cruces, de trabajos, de aficciones y de incomodidades? ¡Ah! ponamos que el fruto de la penitencia es el perdón de los pecados. Comprendamos bien una vez el precio de este favor. Los réprobos lo conocen, pero para ellos ya no hay perdón.

El segundo. *La cercanía del reino de Dios, que san Juan nos anuncia.*—Decia: "Haced penitencia, porque el reino de Dios está vicino..." El reino de los cielos de la Iglesia militante ha llegado ya para nosotros; nosotros somos sus miembros, y por decirlo así, los santos natos de este reino; pero el reino de los cielos de la Iglesia triunfante se acerca. No está lejos el momento que debe decidir si seremos admitidos en este reino ó excluidos de él. Ya por ventura estamos cerca. Veamos, pues, si estamos dispuestos, ó por lo menos si nos preparamos. ¿Ignoramos acaso que puede venir cada hora y cuando menos lo esperemos?

Lo tercero. *El camino del Señor, que san Juan nos advierte que preparemos.*—"Se sentirá, dice, la voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas." Así como se prepara el camino por donde ha de pasar un rey ó un poderoso personaje del siglo, así bajo de esta alegoría nos ordena el profeta que preparemos el camino del Señor. Es necesario que primero se llenen todos los valles. Estos valles son la figura de nuestra vida, vacía de buenas obras, y de las faltas que cometemos en el cumplimiento de nuestras obligaciones para con Dios y para con el prójimo. Emplemos títilmente nuestro tiempo y cumplamos exactamente nuestras obligaciones, así las que nos impone la religion como las que lleva de siyo nuestro estado; de esta manera habremos llenado los valles. Pero es tambien necesario que todos los montes y los collados se abojen; esto es, que se abata todo orgullo; orgullo de espíritu, orgullo de corazon, orgullo en el trato, en las pretensiones, en las conversaciones, y sobre todo, es necesario abatir todo orgullo, todos los montes y todos los collados á los pies del ministro de la penitencia, y no disimular cosa alguna de cuantas nos pueden humillar.

También es necesario que las sendas torcidas se enderezen y que todo el camino esté nivelado. Dios viene á nosotros cuando lo buscamos con una intención recta, cuando obramos solo por agradarlo y cuando le ofrecemos todas nuestras acciones; todo lo demás es dar vueltas, alejarnos de la línea recta y torcer el camino: el que así camina, malgasta mucho tiempo, emplea en balde su fatiga, trabaja sin algún provecho; y antes de llegar al término se le hará de noche y le saldrá al encuentro la muerte. Y en fin, es necesario que todo desigualdad y aspereza se iguale y se allane. ¡Oh cuántas desigualdades hay en nuestro espíritu, en nuestra conducta, y aun en nuestras mismas devociones! ¡cuánta aspereza, cuánta dureza y cuánta dificultad en nuestro trato, en nuestras palabras, y aun en nuestro celo! Allanemos y corrijamos estas faltas, si queremos preparar el camino del Señor para que pueda venir á nosotros.

El cuarto y último: *La vista del Salvador, que san Juan anuncia á todos los hombres.*—“Y verá todo hombre la salud de Dios.” El Salvador enviado por Dios ha venido para todos los hombres, á todos ha sido anunciado, y sin embargo, no todos lo han recibido, ni lo han reconocido, ni lo han seguido; pero vendrá un día en que todos lo verán como juez. ¡Ay de aquellos que no habrán querido verlo como salvador!—¿Cómo lo vemos nosotros? ¿con qué docilidad recibimos su ley? ¿con qué sumisión obedecemos á su Iglesia? ¿con qué fe lo adoramos en su augustísimo sacramento y en el divino sacrificio? ¿con qué deseos y con qué pureza lo recibimos? ¿con qué amor reconocemos sus beneficios y con qué ardor esperamos sus promesas?

PETICION Y COLOQUIO.

Enderezad vos mismo, Señor, mi corazón, hacedlo mas atento á vuestra voz, que siempre le advierte sus desórdenes y que siempre le grita para que enderece el camino y las sendas por donde desea volver á él; despertad en él un santo deseo de conoceros, ya que con tanta caridad os manifestais; hacedlo digno de que se aproveche de vuestras misericordias, iluminadlo, y purificado de todas aquellas manchas que pueden ofender vuestros purísimos ojos; y si no criad en mí vos mismo, Jesús mío, un corazón nuevo, enderezad mis malas inclinaciones, allanad mis desigualdades, corregid mis extravagancias, abadid mi orgullo, humillad mi amor propio, cortad y reformad cuanto en él os desagrada, á fin que os sea abierto y llano el camino para venir á reinar en mi alma y poseerla para siempre. Amen.

MEDITACION XXII.

PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

San Mat., c. III, v. 4, 12.—San Marc., c. I, v. 5, 8.—San Luc., c. III, v. 7, 20.

El Evangelio trata aquí lo primero de la persona de san Juan Bautista; segundo, de la manera de su predicación; tercero, de sus sentimientos acerca de Jesucristo.

PUNTO I.

DE LA PERSONA DE SAN JUAN BAUTISTA.

Primeramente: *¿Cuál fué la preparación al santo ministerio?*—En primer lugar fué la inocencia. Él fué santificado en el vientre de su madre.—El que nunca ha estado manchado del pecado tiene muchas ventajas para combatirlo. Segundo. *La soledad.* Había pasado así treinta años en el desierto.—Se necesita haber meditado mucho tiempo en el silencio antes de empezar á hablar. Tercero. *La vocación.* No salió del desierto ni de la soledad hasta que se lo ordenó la voz de Dios; pero luego que la oyó no lo dilató un momento. Cuarto. *El conocimiento de la ley y de las costumbres.* Conocimiento que se debe adquirir en el retiro y sin el cual no se puede decir á cada uno lo que conviene á su estado. Finalmente, *la penitencia.* “Ahora el mismo san Juan, dice el sagrado texto, estaba vestido de pelos de camello y una faja de piel á la cintura.... y comía langostas y miel silvestre....” La penitencia que practicaba era mucho mas severa que la que predicaba; la una y la otra condenan nuestro poco ánimo, nuestra vida delicada y sensual, y toda exterioridad mundana y disipada.

Lo segundo. *¿Cuál fué el celo de san Juan en el ejercicio de su ministerio?* Fué en primer lugar un celo lleno de fortaleza contra los sectarios poseídos de orgullo y de presunción. “Habiendo visto á muchos de los fariseos y de los saduceos que venían á su bautismo, les dijo: generación y raza de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira verdadera?...” Vosotros que infestais á todos con el veneno de vuestra doctrina y de vuestras falsas interpretaciones, malvados hijos de padres malvados, ¿con qué espíritu venís á mí? ¿Os habeis acaso atemorizado y entristecido? Muestrén vuestras obras que destais sinceramente vuestros desórdenes. Penitentes de buena fe, haced frutos dignos de penitencia.

1 Los fariseos eran hipócritas que hacían profesión de austeridad y rigor, y los saduceos impíos que negaban la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos.

nitencia.... Lo mismo decía también al pueblo cuando no descubría en él mejores disposiciones que las de los fariseos y saduceos; los amenazaba con elocuencia, procuraba convertir sus corazones humillando su espíritu, y siempre era su conclusión: *haced penitencia*, abandonad los caminos de la iniquidad y aplacád á Dios con vuestras buenas obras, porque se acerca el tiempo de sus venganzas. Su celo estaba lleno de dulzura para con los pecadores humillados que buscaban ser instruidos de cuánto debían hacer calmar la cólera del Señor; se acomodaba al estado de los verdaderos israelitas y entraba en sus personales disposiciones; no les decía ya vosotros sois indignos del perdón y de misericordia ó para merecerla conviene vivir como yo en el desierto, no; con estos se revestía de un semblante de bondad, con que acababa de ganar privadamente á aquellos que venían movidos de su predicación pública. De ellos no quería otra cosa que la justicia, la limosna y la exacta observancia de las obligaciones de su estado. Y las turbas le preguntaban diciendo: ¿qué es lo que hemos de hacer? Y él les respondía: “El que tiene dos túnicas, dé la una al que no la tiene, y lo mismo haga el que tiene cosas comestibles, y acudían también á él los publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué es lo que hemos de hacer? Y él les dijo: no habeis de pedir mas que lo que está tasado; y le preguntaban también los soldados diciendo: ¿y nosotros qué debemos hacer? Y les dijo: no hagais mal á ninguno, ni le quiteis por fuerza ni con fraude lo que es suyo; contentaos con vuestra paga....” Finalmente, su celo era incansable. El virtuoso solitario jamás se mostraba cansado de sus trabajos, ni manifestaba disgusto alguno por la rudeza de aquellos que venían á proponerle multiplicadas cuestiones; á todos respondía y satisfacía á todo el mundo. Sería largo el referir todas sus instrucciones: “Y predicaba otras muchas cosas al pueblo instruyéndolo....”

Lo tercero. *¿Cuál fué su humildad en el feliz ejercicio de su ministerio?* “Entonces salía á él Jersusalem y toda la Judea, y todo el país vecino al Jordán, y eran bautizados en el Jordán confesando sus pecados....” ¡Bello y edificativo espectáculo ver un numeroso concurso de pueblo convertido, y ya satisfecho volverse á sus casas bendiciendo á Dios! Los mismos enemigos de la verdad no se atrevían á distinguirse entre la multitud y eran tratados como los demás, y si no se convertían, su misma inquietud interna y su despecho les servía de castigo á su dureza y rebeldía.... Y faltó poco para que las cosas se avanzasen demasiado; esto es, que la estimación concebida de san Juan no indujese á sus oyentes á un engaño. “Y estando el pueblo en especulación, pensando todos en su corazón si acaso Juan sería el Cristo, Juan respondió y dijo á todos: por lo que toca á mí, yo bautizo con agua;

pero viene uno mas poderoso que yo....” Es decir, yo no soy el Mesías que esperais; es verdad que os distribuyo un bautismo de agua exhortándoos á la penitencia; pero de aquí no pasa mi ministerio; yo soy enviado solo para preparar el camino á otro. El que vendrá después de mí y que bien presto vereis en medio de vosotros, está revestido de un poder infinitamente superior al mio. Apenas veía san Juan que el pueblo se inclinaba á él, empezaba inmediatamente á hablar de Jesucristo, exaltaba su grandeza y se valía de todas las ocasiones para dar testimonio de él: no celo tan iluminado, tan fervoroso y tan humilde, merecía justamente la gloria de mártir, de que fué coronado.

PUNTO II.

LA MATERIA DE LA PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

Todos sus discursos parecían reducidos á estas tres palabras: *es necesario hacer penitencia; es necesario hacerla bien; y no es conveniente dilatarla.*

Lo primero. *Es necesario hacer penitencia; y alega tres motivos:* primero, la cólera y enojo de Dios. “¿Quién os ha enseñado á huir la ira que os amenaza?...” ¡Ay de mí! Nosotros hemos ofendido á Dios, pero no sabemos si lo hemos aplacado, y antes sí, lo que es mas deplorable, sabemos que no hemos hecho cosa alguna para ello. Vivir enemigo vuestro, ¡oh Dios mio! es el estado mas horrendo; ¿pues cómo he podido yo vivir hasta ahora en él? ¡Oh santa penitencia! ¿quién me enseñará á recurrir á vos? Bienaventurados aquellos que te conocen y que se abandonan á tus santos rigores.

El segundo motivo que alega san Juan Bautista para la penitencia, es la severidad del juicio de Jesucristo. “Su criba está en su mano, y limpiará su era; y juntará el grano en su granero, y quemará las pajas en fuego que jamás se apagará....” Esto es, á manera de un labrador diligente, aparecerá con la criba en la mano, limpiará su era, juntará el trigo en sus graneros, recibirá en su Iglesia los fieles que siempre han perseverado en ella, y los pasará al descanso de la eterna felicidad.—Y la paja, símbolo natural de los hombres inconstantes ó inercidos, hará arder en el fuego inextinguible. ¡Oh qué terrible día será aquel en que se hará la distribución de los bienes y de los males, de los castigos y de las recompensas de Jesucristo! Ninguna cosa se considera entonces á su vista, ninguna doblará su justicia, nadie resistirá á su poder. Bienaventurado aquel á quien la penitencia dará la seguridad aquel día, y que se hallará digno de ser colocado en el cielo para reinar eternamente.

Finalmente, el rigor y la eternidad de las penas